

Andrea Augenti

De Lucy a Medina Azahara: 10 grandes descubrimientos arqueológicos



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *A come archeologia: 10 grandi scoperte per ricostruire la storia*

Traducción: Andrea Saavedra

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: George Mylonas excavando una tumba en Micenas

© Bettman / Getty Images

Selección de Imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2018 by Carocci editore, Roma
© de la traducción: Andrea Saavedra, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-907-3

Depósito legal: M. 5.022-2020

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción. Cosas maravillosas..., pero no solo eso
- 15 Agradecimientos
- 17 1. El amanecer de la humanidad: Lucy
- 33 2. La momia que vino del hielo: Ötzi
- 46 3. El descubrimiento de una civilización: Ebla
- 61 4. Arqueología del mito: Troya
- 75 5. Historia de tres hombres y dos mosquitos: Tutankamón
- 90 6. Los guardianes del emperador: el ejército de terracota de Xi'an
- 108 7. Nacimiento, vida y transformaciones de un monumento antiguo: la Cripta de Balbo
- 124 8. En los orígenes de Francia: la tumba de Childerico
- 140 9. Tutankamón en Gran Bretaña: la tumba de Sutton Hoo
- 160 10. Versalles en Andalucía: Medina Azahara
- 175 Notas
- 177 Obras de referencia

Introducción. Cosas maravillosas..., pero no solo eso

Algún motivo habrá para que en la Universidad de Melbourne, en Australia, el número de inscritos en los cursos de Arqueología haya aumentado notablemente tras la exhibición de las primeras películas de la serie de Indiana Jones.

Algún motivo habrá para que la arqueología ocupe siempre un lugar de honor en la publicidad. ¿Un ejemplo? Una conocida cadena de supermercados lanza una campaña promocional sobre «Los orígenes del gusto», y la imagen a toda página muestra una estatua etrusca, la del magnífico Hermes del templo de Portonaccio con un cesto de mimbre sobre la cabeza, lleno de aceite, cereales, quesos, salamis... ¡los famosos salamis etruscos! ¿Otro?: una empresa de Cerdeña que produce patatas fritas ha escogido como logo una estatuilla de la cultura nurágica.

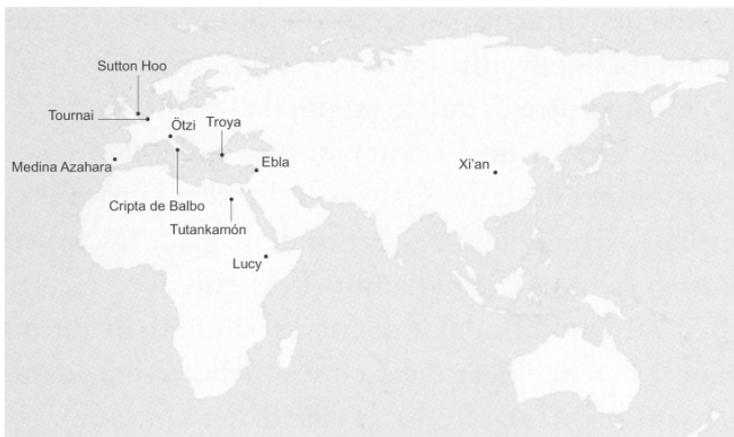
Y habrá sin duda algún motivo para que desde los años veinte del siglo pasado se sigan filmando películas

sobre el tema de *La momia*, con todas las posibles variaciones, incluida una –*La tumba del emperador dragón*– en la que aparecen incluso los soldados del ejército de terracota chino.

Efectivamente, hay un motivo, uno solo y siempre el mismo: la fascinación por la arqueología y la figura del arqueólogo.

Sin embargo, el de la fascinación, dada su vinculación con las emociones, es un terreno peligroso, un fenómeno visceral que no deja espacio a las explicaciones y que a menudo se basa en estereotipos, equívocos y tergiversaciones. Por eso, si queremos evitar ambigüedades, es preciso que la arqueología sea bien expuesta, a fin de que el gran público pueda apreciar que la indudable, la enorme fascinación de la arqueología se apoya en los solidísimos fundamentos de un duro trabajo que tiene lugar en bibliotecas, laboratorios y el campo. De acuerdo en que también están los grandes descubrimientos –como los de Lucy y Tutankamón–, pero cuidado, porque incluso detrás de esos grandes logros se ocultan muchos años de preparación, de búsqueda y de enriquecimiento progresivo del pensamiento arqueológico. En resumen, lo que intento decir es que el atractivo de la arqueología es, al fin y al cabo, el atractivo de la investigación, con el agregado de ciertos elementos que la caracterizan de modo muy particular, como las tumbas, los tesoros y las ciudades desaparecidas.

Así las cosas, no hay más que una pregunta: ¿en qué medida, hasta ahora, hemos sabido los arqueólogos contar todo esto de una manera sencilla, seria (pero no aburrida) y al mismo tiempo apasionante? Si pienso en los



Localización de los diez descubrimientos a los que hace referencia este libro.

países anglófonos, puedo decir que las cosas van bastante bien, gracias a divulgadores de gran calidad como Brian Fagan o Paul Bahn. Pero entre nosotros, en Italia, esto es casi inexistente, y por diversas razones. La primera es una gran desconfianza del medio académico, que tiende a descalificar la divulgación como producto de segundo orden. Me viene a la mente el trabajo de Giorgio Manzi, excelente paleoantropólogo que lleva ya un tiempo exponiendo de un modo fascinante los orígenes del hombre, y poco más. En este terreno, el de una divulgación seria e inteligente, la arqueología está todavía un paso atrás en comparación con otras muchas ramas del saber, y me refiero tanto al saber humanístico como al vinculado a las ciencias duras.

Estos son los criterios que me han llevado a proponer a Radio3 el proyecto que se convertiría en el programa

Dalla terra alla storia, cuya transmisión tuvo lugar entre junio y agosto de 2017. De ese programa surgió este libro. La idea era contar la arqueología valiéndonos de diez excavaciones, diez grandes descubrimientos. Es un viaje por el tiempo, porque los descubrimientos que he escogido van de la Prehistoria a la Edad Media, y un viaje por el espacio, porque esos episodios se distribuyen en tres continentes: Europa, Asia y África.

¿Cómo he elegido estas diez excavaciones? No tengo problema en reconocer que se trata de una selección completamente arbitraria, lo que, por lo demás, considero normal. Básicamente, he orientado la búsqueda en función de mi interés en determinadas cuestiones que me parecía importante poner de relieve.

Ante todo, los temas: los orígenes del hombre (y, por tanto, Lucy y Ötzi, nuestros antepasados, para emplear una feliz expresión de Italo Calvino); en segundo lugar, la arqueología funeraria, que siempre fue uno de los sectores de mayor atractivo de este trabajo (Tutankamón, el ejército de terracota de Xi'an, la tumba de Childerico, el cementerio de Sutton Hoo); y por último, el de la arqueología de ciudades y civilizaciones desaparecidas (Ebla, Troya, Medina Azahara).

Además, en la medida de lo posible, he tratado de reconstruir las personalidades, las elecciones y el modo de razonar y de proceder de los hombres que estuvieron detrás de los descubrimientos, de la audacia de Heinrich Schliemann a las intuiciones de Paolo Matthiae, de la tenacidad de Howard Carter y Donad C. Johanson a la capacidad de Andrea Carandini y Daniele Manacorda para introducir nuevas visiones, nuevos modos de hacer arqueología...

Por último, he intentado usar estas diez grandes excavaciones para ilustrar la evolución del pensamiento arqueológico en el curso del tiempo. En efecto, no siempre se pensó ni se practicó la arqueología de la misma manera, pues con la sucesión de distintas generaciones de estudiosos, los modos de investigar, las técnicas de excavación e incluso las preguntas que realizar al terreno fueron cambiando. Así, de las famosas palabras que pronunció Howard Carter para describir lo que vio al entrar en la tumba de Tutankamón —«Cosas maravillosas»—, hemos pasado a otra idea de la arqueología, a una conciencia cada vez mayor del hecho de que el arqueólogo no es un cazador de tesoros, sino un historiador que interroga a los objetos —incluso a los más sencillos, como un simple fragmento de cerámica— con el fin de reconstruir el pasado. A este respecto, es ejemplar el episodio de la excavación de Sutton Hoo, en Inglaterra. Aquí, entre los años treinta y ochenta del siglo pasado, se llevaron a cabo tres diferentes campañas de investigación. La primera sacó a la luz una tumba rica y elaborada, tal vez el sepulcro de un rey; la segunda sirvió para comprender mejor cómo se había construido ese sepulcro, y la tercera dio la palabra a todo el entorno de una manera desconocida hasta entonces, con lo que se demostró que se trataba de un cementerio medieval con una larga historia de significados complejos.

En resumen, la selección de los diez grandes descubrimientos realizada para este libro es drástica, sin duda, pero no infundada. Soy absolutamente consciente de que se podrían exponer otros diez no menos interesantes que estos (lo que no excluyo hacer en el futu-

ro). Pero lo verdaderamente extraordinario es que quizá haya muchas otras historias –quién sabe cuántas– todavía ocultas en el subsuelo. Y esto aumenta incluso la fascinación de la arqueología, pues hace de ella un relato interminable.

Agradecimientos

Deseo expresar mi agradecimiento a colegas y amigos que me han ayudado en la elaboración del libro con su revisión de los textos. A su contribución debo el haber evitado ciertos errores, despistes típicos de quien se aventura en territorios que no le son habituales. Por eso, a Daniele Manacorda, Giorgio Manzi, Nicolò Marchetti, Valentino Nizzo y Andrea Fiorini, que preparó las ilustraciones, gracias de corazón.

Gracias también a Marino Sinibaldi y a Monica d'Onofrio, que creyeron en mi propuesta y la convirtieron en un precioso programa para la estación de radio que, en mi casa, está y ha estado permanentemente sintonizada. A Gianluca Mori, director editorial de Carocci, a quien la idea gustó desde el primer momento, agradezco también su confianza, en virtud de la cual ha llegado a plasmarse en este libro.

Ha sido un hermoso reto, algo nuevo para mí. He disfrutado mucho de haber vivido esta aventura y de llevarla a término con mis compañeros de viaje preferidos, Barbara y Daniele.

1. El amanecer de la humanidad: Lucy

De «AL 288» a Lucy

Esta es la historia de uno de nuestros antepasados más antiguos; tiene aproximadamente tres millones de años; para ser más preciso, 3 200 000. Esta historia comienza en África, la cuna de la humanidad.

Nos hallamos a comienzos de los años setenta del siglo pasado, y desde hace un tiempo se percibe un cierto fermento en el mundo de la paleontología. Dos estudiosos dominan la escena, el matrimonio formado por Mary y Louis Leakey, que habitualmente trabajan juntos en África Oriental. En 1959, Mary Leakey encuentra los restos del australopiteco conocido más tarde como *Zinjanthropus boisei* (hace 1 750 000 años) y al año siguiente, en 1960, en la garganta del Olduvai, la misma Mary, junto con su hijo Jonathan, se encuentran con los huesos del primer *Homo habilis* (de aproximadamente la

misma antigüedad del *Zinjanthropus*). Ambos descubrimientos tienen un gran éxito, la televisión se moviliza y la National Geographic Society decide financiar las investigaciones posteriores.

Estos son los antecedentes.

Damos un pequeño salto en el tiempo y pasamos a 1972, cuando comienzan una serie de expediciones de paleontólogos en Afar. Afar es una gran zona desértica de forma triangular que se extiende entre los actuales territorios de Etiopía y Eritrea, al nordeste de Addis Abeba. Esta región, atravesada por el río Awash, presenta la particularidad de que, como muy pocas en el mundo, debido a razones de orden geológico, más allá de la erosión producida por el agua y la acción del viento, es una especie de ventana abierta al pasado más remoto. En pocas palabras, aquí casi no hace falta excavar, pues con frecuencia los fósiles afloran directamente. Quien hoy camina por allí, lo hace sobre los mismos suelos por donde anduvieron nuestros antepasados hace millones de años. Se la ha definido como «un paraíso geológico y paleontológico», o incluso como «una mina a cielo abierto de homínidos fósiles»¹. Pero hasta finales de 1972 permaneció completamente inexplorada.

En el grupo que realizó la primera expedición a Afar estaban los franceses Ives Coppens y Maurice Taieb, además del joven estadounidense de origen sueco Donald C. Johanson. Luego se les unirían un discípulo de este último, Tom Gray, y otros estudiosos.

En 1973, las investigaciones se centran en la localidad de Hadar, en el corazón del triángulo de Afar. Hadar es el fondo seco de un antiguo lago, zona particularmente rica en fósiles. Tienen lugar entonces una serie de descubrimien-

tos, el más importante de los cuales lo realiza Johanson por pura casualidad, al dar un puntapié a lo que creía que era una costilla de hipopótamo y que resultó ser la tibia de un homínido. Y poco después, a unos metros de distancia, ¡encuentra también el fémur! Increíblemente, somete los huesos al juicio del matrimonio Leaky, que confirma el hallazgo: se trata efectivamente de un homínido. Y... parecen ser los huesos de un individuo con postura erecta, ¡un homínido bípedo! Su nombre, en lenguaje técnico, *Australopithecus afarensis*.

Johanson, con más dudas aún, regresa a Estados Unidos y muestra los hallazgos a un colega de la Universidad de Kent, en Ohio, Owen Lovejoy, antropólogo físico especializado en el estudio de la locomoción. He aquí el pintoresco diálogo que tiene lugar entre ellos:

–Echa un vistazo a estos huesos, Owen.

–Son de adulto –respondió, tras examinarlos atentamente.

–Es lo que pensaba.

–Pero son tan pequeños...

–Sí que lo son, ¿verdad?

–¿Qué antigüedad has dicho que tenían? –preguntó Lovejoy.

–Tres millones de años.

–No puede ser. Este hueso parece la articulación de una rodilla moderna. Este renacuajo era completamente bípedo.

–Aproximadamente tres millones de años.

–¿Qué diablos significa «aproximadamente»? ¿No tienes una datación?

–Tengo la evidencia bioestratigráfica. Toda la que quiera. Los fósiles animales indican tres millones de

años. Dentro de unas semanas tendré la datación potasio-argón.

–Más vale que sea exacta –dijo Lovejoy. Era un hombre de ojos grises, pelo cortado a lo Franz Liszt y un poderoso y maniático sentido del humor. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

–¿Qué es lo que no va?

–¿Qué es lo que no va? ¿Y me lo preguntas? ¡Nada de esta locura va! Me imagino qué pensará la gente después de ver este pequeñajo por primera vez. Podía correr sobre los miembros posteriores. Incluso patalear. Pero me temo que el cerebro no era más grande que un cacahuete. ¿Y cómo podía ser más grande? Apenas llegaba al metro de altura.

–¿Y entonces?

–¿Y entonces? ¿Tenéis vosotros un lugar en el árbol genealógico para algo así? Un pequeño mono antropomorfo de apenas un metro de altura que corre sobre los miembros posteriores. Sería bastante complicado. ¿Cómo diablos se podría explicar eso?

–No tengo ni idea.

–No te creerán. Mejor será que vuelvas a buscar uno entero.

–Pero ¿podía andar erguido? –insistí.

–Por supuesto, amigo mío, claro que podía andar erguido. Explícale qué es una hamburguesa y casi seguro que te ganará en la carrera al restaurante más cercano.

Eso era lo que quería oír. Por fin tenía la confirmación de un experto².

A estas alturas, la presencia de homínidos en Hadar era indudable. Y así llegamos a 1974.

30 de noviembre por la mañana: Donald C. Johanson y Tom Gray descubren a Lucy por azar. El hallazgo se

produce en la localidad que ellos han numerado como «288» y luego se ha apodado «de los homínidos». Merece la pena ceder la palabra al propio Johanson, quien relata de esta manera aquel momento extraordinario:

–¿Cuándo volvemos al campamento? –preguntó Tom.

–Ya. Pero vayamos por este lado para peinar el fondo de ese pequeño barranco.

El barranco al que me refería estaba justo detrás de la cresta de la falda donde habíamos estado trabajando toda la mañana. Ya lo habían examinado a fondo por lo menos dos veces otras expediciones, que no habían encontrado allí nada interesante. No obstante, con el presentimiento de buena suerte que no me abandonaba desde que despertara, decidí realizar aquel pequeño desvío final. En el barranco no había prácticamente ni siquiera un hueso. Pero mientras nos dábamos la vuelta para marcharnos, me pareció ver algo en el suelo, a mitad de la pendiente.

–Eso es un trozo de brazo de un homínido –dije.

–Imposible. Demasiado pequeño. Ha de ser algún tipo de mono.

Nos arrodillamos para examinarlo.

–No, demasiado pequeño –repitió Gray.

Pero yo, sacudiendo la cabeza, dije:

–Homínido.

–¿Cómo estás tan seguro?

–Y ese hueso, el que tienes junto a tu mano, ese también es de un homínido.

–¡Jesús! –dijo Gray. Lo cogió. Era la parte posterior de un pequeño cráneo. Aproximadamente un metro más allá, había un fragmento de fémur, el hueso del muslo.

–¡Jesús! –repitió Gray. Nos pusimos de pie y comenzamos a ver otros fragmentos óseos esparcidos: un par de vértebras, parte de una pelvis, todos de homínidos. Me vino a la cabeza un pensamiento increíble, casi incomprensible. ¿Y si todos estos fragmentos se correspondieran unos con otros? ¿Y si todos hubiesen sido partes de un único esqueleto extremadamente primitivo? Nunca se había encontrado un esqueleto de esas características. En ninguna parte.

–Mira –dijo Gray–. ¡Costillas!

¿Un único individuo?

–No lo puedo creer –dije–. Realmente, no lo puedo creer.

–¡Dios mío! ¡Será mejor que lo creas! –vociferó Gray–. ¡Aquí está! ¡Justamente aquí! –agregó, y la voz se le hizo aullido. Me uní a él. Con aquel calor de cuarenta y cinco grados nos pusimos a saltar como locos. Como no teníamos con quién compartir tanta emoción, nos abrazábamos, sudados y malolientes, chillábamos y volvíamos a saltar abrazados sobre la grava semilicuada por el calor, rodeados de pequeños restos oscuros de lo que ya estábamos prácticamente convencidos de que era un esqueleto de homínido³.

En un primer momento, Johanson y Gray creen que se trata de los restos de muchos individuos, todos del mismo color y con el mismo grado de fosilización. Más tarde se produce el descubrimiento de una parte de la pelvis y piensan que en realidad se trata de un solo homínido. Mejor dicho, ¡de una homínida!

De regreso en el campamento, los asalta un gran entusiasmo. Luego llega el momento de elegir el nombre: debería llamarse «AL 288» (por la sigla con la que se

había señalado el lugar; AL significa Afar Locality). Un ascético nombre científico, incluso un poco triste..., pero entre las pocas *cassettes* de música de que disponen los investigadores hay una de los Beatles, que en aquellos días se escuchaba una y otra vez; por tanto, el nombre de la homínida tiene su origen en *Lucy in the Sky with Diamonds*. Al principio Johanson se muestra muy escéptico. Hasta ese momento, ningún colega, ni siquiera entre los más desprejuiciados, ha osado utilizar un título de una canción de los Beatles para bautizar a sus fósiles.

Unos días después, el director general del Ministerio de Cultura de Etiopía, Bekele Negussie, le dice que Lucy era etíope y que, por tanto, debe tener un nombre en amárico. Su propuesta es «Dinkinesh», nombre bellísimo, que traducido significa «eres maravillosa». A Johanson le gusta, pero es demasiado tarde. Ya todos la llaman Lucy, y como Lucy pasará a la historia.

¿Qué tipo de homínido era Lucy?

El hallazgo de Lucy consiste en 52 huesos en total; no es el esqueleto entero, sino solo el 40 % del mismo. Sin embargo, lo esencial del descubrimiento reside precisamente en la cantidad de los restos, de todos modos muy elevada en relación con la media de los fósiles recuperados hasta entonces. Lucy medía poco más de un metro de altura y pesaba entre 30 y 45 kilos. Era bípeda y podía adoptar la posición erecta, que era la que utilizaba de forma predominante, pero pasaba parte de su vida en los

árboles. Es lo que se ha definido como «bipedestación facultativa». En resumen, para los australopitecos la posición erecta era una elección. Se trata de un elemento muy importante, porque la posición erecta libera los miembros superiores del compromiso de la locomoción y, por tanto, las manos pueden hacerse funcionales y manipular los objetos. Son evidentes las posibles consecuencias de ello: de aquí a la producción de artefactos hay un paso relativamente corto. No inexorable, pero breve.

Otra característica fundamental de estos homínidos, que los diferencia de los simios antropomorfos, es el aparato de masticación, con molares y premolares bastante grandes, además de los dientes anteriores. En resumen, los australopitecos tenían mandíbulas poderosas, con las que podían triturar vegetales coriáceos, como raíces y



Figura 1. El esqueleto de Lucy reconstruido. © Grupo Anaya.

nueces. No por casualidad Louis Leakey había apodado *nutcracker* a su *Zinjanthropus*: el «cascanueces».

Lucy tenía el rostro prognato y un cerebro apenas más grande que el de un chimpancé. Parece, además, que los miembros de su especie se caracterizaban por lo que en léxico técnico se conoce como «un elevado dimorfismo sexual», esto es, una notable diferencia entre los sexos. Esto dificulta la posibilidad de un comportamiento promiscuo (como el de los chimpancés) o rígidamente monógamo (como el de los gibones). En las especies con esta característica se da una fuerte competencia entre machos por la reproducción. En otras palabras, son las especies en las que se crea una jerarquía entre sexo masculino y femenino. En semejante contexto, tal vez la monogamia sea una opción difícil; más sencillo es pensar en la poliginia.

Finalmente, en cualquier caso, quedan pocas dudas. Habida cuenta de todas sus características, Lucy es lisa y llanamente nuestra antiquísima y directa antepasada, aunque, ciertamente, no idéntica a nosotros. Es el tronco de nuestro árbol evolutivo, como lo ha representado precisamente Johanson en un conocido dibujo de su mano; a partir de aquí se desarrolló el género *Homo*, para llegar finalmente al *Homo sapiens*.

Muerte de un australopiteco

Lucy, naturalmente, tuvo su historia, su acaecer personal, del que no sabemos casi nada. Sin embargo, podemos analizar el momento y la causa de su muerte.